

PARTE CUARTA.

DEL ESTADO DE SAN ALFONSO DESPUES DE LA RENUNCIA
DEL OBISPADO HASTA LA MUERTE.

CAPITULO I.

Tenor de vida de San Alfonso en los primeros años despues
de la vuelta á su congregacion.

Alfonso, pues, descargado del peso del obispado, y vuelto á su casa de San Miguel de los Paganos, pensaba llevar en el resto de sus dias una vida enteramente conforme con la que habia llevado antes de ser obispo, si bien nada ó muy poco diversa la habia llevado mientras lo fué. Sus alumnos le habian preparado un departamentito un poco cómodo y decente en el primer piso de dicha casa; pero él lo rehusó y solo queria una piecесita con la cama y demas muebles que antes. Viendo esto su director y demas padres de la congregacion, lo obligaron á aceptar dos piezas, en una de las cuales tuviese la cama y en

la otra el altar, con un cuartito al lado para que durmiese su criado y pudiese tener cuidado con él durante la noche, y quisieron al mismo tiempo que en atencion á su edad y á sus enfermedades, ademas del jergon usase un colchon de lana que ya le habian ordenado los médicos. Tambien habia querido observar enteramente las reglas de su congregacion, y asistir á todos los actos comunes, hasta á la mesa ó refectorio, y ser tratado enteramente como cualquier otro sacerdote de la congregacion, sin consideracion ni distincion alguna de lugar, de servidumbre, ni de ninguna otra cosa, como en efecto al principio no dejaba de ir por la noche al coro para hacer junto con todos los demas la oracion mental. Pero habiéndoselo prohibido su director á quien nunca dejó de obedecer ciegamente, no pudo llevar al cabo sus deseos; por lo que procuró ejecutar siempre y con toda exactitud en su aposento lo que no le era permitido hacer en comun.

De aquí es que ademas del rezo de las horas canónicas hecho siempre con todo el recogimiento y fervor posibles, y en los tiempos establecidos, luego que despertaba por la mañana hacia media hora de oracion en compañía del hermano lego y de su criado. Despues se preparaba para celebrar la santa misa, y concluida, oia otra que se hacia decir en su mismo oratorio privado para la accion de gracias. Luego se po-

nia á estudiar, ó bien á tratar de los negocios de su congregacion, ó de algunos otros relativos á la gloria de Dios y al bien de las almas, hasta que llegado el momento de salir en coche, segun la disposicion de los médicos, hacia ejercicio en él por una hora, y entonces rezaba el santo rosario, ú otras preces, ó bien, se hacia leer algun libro espiritual. Vuelto á casa iba inmediatamente á la iglesia, donde permanecia mucho tiempo adorando á Jesus Sacramentado, rezando las oraciones que habia compuesto con ese objeto, y acompañándolas con la meditacion, y con amorosas oraciones y jaculatorias. Iba despues á su aposento, y despues de tomar un poco de alimento, como de costumbre, ruín y parco y salpicado con las yerbas amarguísimas que usaba siempre, tomaba un rato de recreacion con los padres que lo iban á ver á esa hora, hablando de las misiones que se habian hecho, del provecho que se habia sacado, de las conversiones acaecidas, ó de otras cosas edificantes y espirituales; sin dejar él por otra parte, de sazonar estas conversaciones con sus naturales y sencillos chistes y con inocentísimas sales para descanso del ánimo. A esto seguía un corto reposo, despues del cual seguía la lectura de libros espirituales, ó de vidas de santos, y otra media hora de oracion mental acompañado de su hermano lego y de su criado. Hecho esto,

bajaba á la iglesia y allí se estaba mucho tiempo delante del Santísimo Sacramento y del cual no se separaba sino en fuerza de la obediencia, para ir á dar otra vuelta en coche. Pero vuelto á casa, volvía de nuevo á la iglesia á visitar á Jesus Sacramentado, y allí permanecia hasta la puesta del sol. Cuando estaba malo el tiempo y lluvioso en términos de no poder salir, entonces no se retiraba hasta que entraba la noche, y retirado á su aposento, hacia con las mismas dos personas de su servicio otra media hora de oracion mental. Finalmente, despues de la cena de los que lo servian, porque él no cenaba, hacia Junto con el mismo hermano lego y con su criado el exámen de conciencia, se rezaban los actos de fé, esperanza y caridad, otras preces devotas, y el santo rosario con la meditacion de los misterios, por lo que no era de tan corta duracion, y despues de todo esto se ponía á descansar por pocas horas.

No fué menos el cuidado de Alfonso en conservar aun en tal estado aquella pobreza que tan cara le habia sido siempre. Si aceptó, como ya hemos dicho el tubito de plata que le regaló su arcediano al partir de Santa Agueda, llegado que hubo á la casa de San Miguel, y echando de ver que no era de metal ordinario sino de plata, lo consignó inmediatamente al padre D. Andres Villani, vicario general de su

congregacion, y de allí en adelante no usó para beber mas que del de madera. Así tambien sufriendo de mala gana comer con el tenedor de plata, como cosa contraria á las reglas, con pretexto de que no podia tomar bien con él el alimento en el plato, mandó á su criado que le fuese á traer uno de fierro de los que usaba la comunidad, y continuó comiendo con él por mucho tiempo, hasta que por último, su director lo obligó á servirse del de plata, lo cual hizo solamente por obedecer. Por el mismo espíritu de pobreza, jamas usaba cosa alguna de por sí, sino que antes pedía la licencia al vicario general, al rector ó al ministro de la casa: ni tampoco administraba el dinero que le enviaban de Nápoles, ni el de la pension que le asignó el Pontífice, sino que dejaba el cuidado de todo á su mismo vicario general, sin saber ni indagar jamas cuál era la cantidad. Antes bien, sucedió que habiéndole ocurrido algun escrúpulo sobre dicha pension que se le habia asignado, sin haberla solicitado, sobre las rentas de la mesa episcopal de Santa Agueda, para mayor seguridad hizo escribir al cardenal penitenciario mayor, el que remitió el negocio al juicio de su director, y solo así se tranquilizó.

Ademas del dinero que recibia de varias partes, solo tomaba lo poco que gastaba en su escaso alimento y para lo mas indispensable de sus necesida-

des, y el resto lo empleaba en limosnas, ó secretas en favor de familias pobres y vergonzantes, máxime si habia peligro de algun escándalo, ó en las que no solo todos los sábados despues de vísperas, sino en cualquiera otro dia hacia distribuir á la puerta de la casa á todos los pobres que acudian aun de países lejanos y de su misma diócesis de Santa Agueda; y sin embargo, al salir de casa y al volver no dejaba de dar limosna á todos los pobres que lo esperaban y lo rodeaban en tropel, y continuamente recomendaba á su hermano lego que diese limosna á todos los pobres que viniesen á pedirla, segun su edad y condicion. Tambien mandaba á Santa Agueda una gran parte de la pension que tenia de su obispado para que se distribuyese entre los pobres ó se emplease en otras obras pías. Era tan grande su caridad hácia los pobres, que viejo y enfermo como estaba, habria querido privarse todavia del poco alimento que se le preparaba para dárselo á ellos. *Leonardo*, decia á un hermano lego de este nombre, *á mí me basta un pedazo de pan mojado. Hay muchos pobres: del dinero que administráis de mi pertenencia, dad limosna, particularmente á cualquiera persona que sepais que está en peligro de ofender á Dios.* Ademas, decia continuamente al otro hermano lego que lo asistia, que él no deseaba pan blanco sino moreno, queriendo dar

aquel á los pobres; y al llevarle la sopa hacia lo mismo, diciendo: *Dádsela á los pobres, que yo me conformo con un pedazo de pan moreno, y quiero ser tratado como cualquier pobrecillo.*

No dejaba de ayudar al mismo tiempo á las personas de su congregacion, particularmente si estaban enfermas, para que pudiesen restablecerse pronto con el auxilio de los médicos, ó con el del temperamento. Lo mismo hacia con las casas pobres de su congregacion, y muy especialmente con las recién fundadas, porque tenian mayores necesidades; como sucedia con la de Frosinone, fundada el año de 1776, y la de Benevento, fundada en el año siguiente. *Me hallo tan oprimido, escribia á uno de sus alumnos, que estoy en peligro de perder el seso. El rector de Frosinone me escribe que está pensando en venirse aquí, porque no sabe cómo hacer para dar de comer á ocho ó nueve compañeros. Esta mañana he mandado vender los cuatro cubiertos que tenia: ¿pero por cuánto tiempo podrá remediarlos esto? He pensado quitarme el gasto del chocolate, y quitar tambien el coche.* Así queria hacerlo, y así lo habria ejecutado, si no se lo hubieran impedido los médicos y su director. Habiéndosele dicho en otra ocasion, estando á la mesa, que una de las casas de su congregacion estaba necesitada, tomó inmediatamente un cubierto de plata que era el único

que le quedaba, y mandó que se vendiese para socorrerla, añadiendo que ya no le quedaba otra cosa que vender.

Si la caridad de Alfonso respecto de las necesidades temporales de su prójimo, en vez de debilitarse y disminuirse con el aumento de la edad y de sus enfermedades, se veia cada vez mas vigorosa y reforzada, se puede decir que lo mismo sucedia con su ardiente celo por la salvacion de las almas, porque á pesar de su decrepitud, de su debilidad y de las gravísimas indisposiciones de su salud, no solo predicaba todos los sábados y domingos, y en toda la semana de pasion en la iglesia de San Miguel, donde vivia, sino que iba arrastrándose á predicar á otras iglesias de la misma ciudad de los Paganos y de Nocera, á instancias del obispo de dicha ciudad, y lo hacia siempre con tal fervor y con tal ternura, que conmovia á todos los que lo escuchaban. En el año de 1779, hacia muchos meses que una gran seca affigia varios lugares y provincias del reino y tambien á la ciudad de Nocera. El clero y los habitantes de ella quisieron hacer una procesion de penitencia para aplacar la ira de Dios y convidaron á Alfonso para ella. Aceptó de buena voluntad la invitacion, y aunque apenas podia pararse, y no podia dar ni un paso sin tener en quien apoyarse, quiso andar un gran tre-

cho de la calle á pié con una soga al cuello, una corona de espinas en la cabeza, y cubierto de ceniza, haciéndose preceder por el gran cuadro en que estaba pintado el Crucifijo que acostumbraba usar en las misiones. Llegado á la gran plaza que está ante la iglesia parroquial de San Félix en la municipalidad de los Paganos, y subiendo al púlpito, con el auxilio de muchas personas, se volvió al citado Crucifijo y exclamó: *Tienes razon de castigarnos, Jesus mio.* A estas palabras, el numerosísimo pueblo que habia concurrido armó tal vocerío y se desató en un llanto tan copioso, que con mucho trabajo pudo proseguir el sermón comenzado, del que sin embargo sacó muchísimo fruto.

A pesar de esto, vuelto el cielo como de bronce, no daba esperanza alguna de lluvia, y los campos enteramente secos hacian ya temer una inminente carestía, cuando un lunes á principios de Junio, habiendo pasado Alfonso por la iglesia de Santa María de las Gracias, llamada vulgarmente de los *Santos de la capilla de Mayo*, y ya cerca de su casa, hizo volver atrás el coche y conducirse á dicha iglesia. Allí, sentado en una silla, comenzó en presencia de un numeroso pueblo que se habia reunido al instante por la novedad del caso, á declamar fuertemente contra los pecados que eran la causa de aquella seca; y vien-

do al pueblo conmovido y compungido, dijo: *Pueblo mio, abandonemos el pecado, y la Santísima Virgen María nos hará la gracia de que todos los domingos tengamos agua.* Y así sucedió, porque contra toda apariencia y contra toda esperanza, el domingo siguiente hácia el anochecer cayó una lluvia desecha y duró por muchos dias.

Iba con frecuencia á la parroquia de los Paganos, donde los padres de su congregacion predicaban en forma de mision; y despues del sermón grande, haciéndose subir al púlpito, dictaba mil sentimientos propios para compungir al pueblo y para escitarlo á amar á Dios. Lo mismo hacia cuando se daban los ejercicios espirituales á los clérigos: y una ocasion, en la última noche de ellos, con admiracion de todos, se hizo conducir con muchísimas dificultades á la capilla doméstica de la Virgen de los Dolores, é hizo allí un fervoroso discurso sobre el amor de Jesucristo: de modo que solo dejó de predicar y de instruir en público, cuando en los últimos años de su vida, no pudiendo ya pararse, se vió obligado á permanecer en cama ó en una silla.

Y como la sed de convertir almas á Dios y salvarlas, era la que mas lo atormentaba continuamente, no pudiendo ya apagarla completamente, como lo habia hecho por tantos años, y como aun habria deseado

hacerlo, yendo á predicar por todas partes, esparciendo la divina palabra, procuró mitigarla por lo menos algun tanto, instruyendo siempre y predicando á todo el mundo en su mismo aposento. En efecto, á pesar de sus enfermedades y de su decrepitud, continuó por muchos años despues de la renuncia del obispado, componiendo y publicando obras espirituales para bien y provecho de las almas. Vuelto á su casa de San Miguel de los Paganos, no tardó mucho en imprimir dos obras, una de las cuales se intitula: *Conducta admirable de la divina Providencia en salvar al hombre por medio de Jesucristo*, que dedicó al Sumo Pontífice Pio VI, á quien mandó las dos, dándole las gracias al mismo tiempo por la suma dignacion y bondad que habia usado con él. Por lo que el loado Pontífice para mostrarle quanto le habia agradecido ese presente, le escribió, entre otras cosas, en carta de 17 de Noviembre de 1776: *No podia haber para nos cosa mas grata ni mas accepta, y por eso os lo agradecemos mucho mas que si nos hubieseis ofrecido aquellos dones, que comunmente se consideran como preciosos y son estimadísimos. No dudamos que en estas obras resplandecerá admirablemente el constante y ardientísimo empeño de apacentar, hasta que podais, la grey de Cristo; de modo que aun despues de haber renunciado el obispado, mostrais no haber dejado el espíritu*

y el deber de un corazon episcopal. Y así fué en efecto, porque ademas de predicar como ya se ha dicho, continuó dando á luz otras obras, una de las cuales fué la intitulada: *Meditaciones de la vida eterna para desprenderse del mundo.*

El mismo celo por la salvacion de las almas lo impelia á procurarla aun con sus exhortaciones privadas, y con sus conversaciones familiares, exhortando á todos los que venian ó recurrían á él, á amar á Jesucristo y á ser devotos de María Santísima, á hacerse santos y á salvarse; y si el caso lo exigía, jamas dejaba por ningun respeto humano, de hacer la correccion necesaria, fuera quien fuese, aunque por otra parte, siempre con prudencia y con dulzura. Algunos años despues de su vuelta á la casa de San Miguel, vino á visitarlo su sobrino D. José de Liguori, hijo de su hermano D. Hércules, con Doña Guzmána Lambiase, hija del príncipe de Campana, y recién casada con su mencionado sobrino. Hablando Alfonso con ellos, les sacó diestramente si acostumbraban ir á los festines, á las tertulias, á los teatros, y habiéndole ellos confesado que sí iban, les hizo una amable pero fuerte correccion, con un fervoroso discurso sobre la vanidad del mundo, y les hizo ver el peligro de condenarse á que se esponian con esas diversiones. Despues, habiéndoles regalado muchos libros espiri-

tuales y otras cosas devotas, hizo de modo que volvieran á Nápoles muy alegres y contentos.

Si tanta era la solitud y el celo de Alfonso por el bien de todos los demas, mucho mayor debia serlo por los de su congregacion. Sin embargo de sus atenciones pastorales, y aunque estuviese allí el vicario general que la gobernaba, jamas dejó de atenderla y vigilar sobre ella, así como sobre la conducta de sus alumnos. con mucho mayor empeño lo hizo, cuando depuesto el peso del obispado, se volvió á ver en su congregacion para poder regirla en persona y de viva voz, y procurarle toda clase de provecho espiritual. Ciertamente que en aquella edad y tan enfermo como estaba, no podia ya ir como antes á visitar las casas y dictar en ellas las precauciones oportunas, pero mandaba á su vicario general, á quien daba las instrucciones necesarias y por quien queria ser despues informado de todo: tambien recomendaba constantemente á su vicario general, que vigilase sobre la observancia de los votos y de las reglas: así como se alegraba muchísimo al saber la buena y ejemplar conducta de sus alumnos, se entristecia y se volvia un fuego, cuando sabia que alguno de ellos se desviaba en lo mas mínimo de su deber, y ó lo corregia por sí mismo, ó si no podia, lo hacia amonestar y corregir por medio de otros.

Jamas dejaba de animar no solo con el ejemplo, sino aun con la palabra á todos sus alumnos á la mayor perfeccion, conforme á la vocacion de su estado; y un sermon particular que les predicaba sobre esto todos los sábados, no lo omitió sino cuando ya no tuvo fuerzas para predicar. Tampoco se cansaba de recomendarles ardientemente la mas exacta y minuciosa observancia de los votos y de todas las reglas, y particularmente el hacer una vida ejemplar y edificante, porque esta mueve al pueblo al bien mucho mas que las palabras. Y como sus alumnos antes de salir á las misiones iban á recibir su santa bendicion, les decia con mucha ternura, que no pudiendo ya ir con ellos como quisiera, los ayudaba desde su aposento con las oraciones para que pudiesen procurar la salvacion de las almas. Cuando volvian les preguntaba y queria saber de ellos qué exito habian tenido las misiones, y que fruto habian producido, poniéndose contentísimo cuando le decian que este habia sido abundante, porque nada lo alegraba y lo consolaba tanto como el ver promovida la gloria de Dios, y oir las conversiones de los pecadores.

Movido por este celo de cooperar siempre segun sus fuerzas á la conversion y al bien de las almas, quiso que el rector de la congregacion establecida en

Nocera bajo el título de San Vicente de Paul, le llevase un día todos los hermanos de ella, y particularmente los jóvenes que debían salir á las misiones. Por lo que habiendo ido estos á su aposento, les hizo un fervoroso discurso sobre el ejercicio de las santas misiones, y les dió algunas breves instrucciones escritas por él, sobre el modo de predicar y de esparcir con fruto la palabra de Dios. Despues les inculcó á todos que aborreciesen y huyesen de la vanidad de parecer doctos y eruditos en sus sermones, sino que predicasen solamente á Jesus crucificado, y no á sí mismos. Por último, les recomendó la brevedad en todos los ejercicios de las misiones, y sobre todo que atendiesen á la oracion para recoger un fruto mas copioso en la viña de Jesucristo. Lo mismo andaba recordando de cuando en cuando con fuerza y energia al citado rector de dicha congregacion, que tambien era cura de la iglesia de San Félix de los Paganos.

CAPITULO II.

Ultimos años de vida de San Alfonso.

La salud de Alfonso se iba deteriorando mas y mas á medida que se le aumentaban los años. Despues del 29 de Noviembre de 1779, ya no estuvo en estado de celebrar la santa Misa, y en consecuencia desde entonces ya no hizo mas que recibir todas las mañanas la sagrada comunión, continuando por otra parte en observar siempre el método de vida descrito en el capítulo anterior.

Su abstinencia, que en el estado de salud en que se hallaba, parece que deberia disminuirse algo, y moderarse tanto en la cantidad como en la calidad de los alimentos, se veía por el contrario, aumentar mas y mas. Porque en estos últimos años, en lugar de la pieza de carne que se le daba siempre con la sopa de yerbas, no queria mas que una poca de ensalada, y en vez de que antes solo dejaba de cenar los sábados, en esta época se abstuvo de hacerlo todas las noches. Si se le preparaba algún plato un poco delicado, ó lo rechazaba decididamente diciendo que era nocivo á su salud, ó bien, si se le estimulaba á